

Córdoba en 1836

APUNTES Y RECUERDOS

Entre los diversos papeles de don Francisco de B. Pavón que guarda nuestra ACADEMIA, y que constituyen lo más valioso de su archivo a no dudar, se conservaban los recortes del *Diario de Córdoba* en que se publicó el presente trabajo del gran erudito cordobés, que llena con su cultura y sus investigaciones la segunda mitad del siglo xix en nuestra ciudad. Se publicaron desde el 29 de Septiembre de 1895 en adelante, y merecieron el más caluroso elogio de la prensa local contemporánea y de los cordobeses y amantes de las letras. Uno de estos juicios, de don Angel Avilés, opina que debía reunirse en un tomo impreso por el Ayuntamiento. En la carpeta o legaje que se guardan, se expresa, por el mismo autor, que este trabajo, junto con el de «Córdoba en 1823», inédito hasta que vio la luz en este mismo BOLETÍN, son los únicos terminados por el autor sobre historia local. Por su interés, para esclarecer períodos tan turbulentos y oscuros de la vida local, y aún nacional, en dicha época, no dudamos en dárselo a la estampa.

I

La fecha del último día de Septiembre es para Córdoba tristemente memorable. Señala en los anales de nuestra ciudad importantísimos sucesos ocurridos en 1836, algunos años, como se ve, antes de mediar el actual siglo xix, que se acerca a su fin. Aun pueden algunos contemporáneos, sino muchos, recordar las incidencias de la revolución y de la guerra civil en aquel año. Era el tercero del reinado y minoría de Doña Isabel II, y de la guerra dinástica entonces iniciada, y una y otra causa de perturbación iban en aumento; y la del Carlismo, según algún historiador, había llegado al apogeo de su fuerza.

En meses anteriores habían acaecido sucesos tales, como el fusilamiento de la madre del caudillo carlista Cabrera, motivo de execración y asombro para el orbe civilizado; la sublevación de las tropas en la Granja, acaudilladas por sargentos, que en 12 de Agosto impusieron a la reina gobernadora Doña María Cristina de Borbón el juramento del Código constitucional promulgado en Cádiz en 1812, objeto ya de amor, ya de odio exagerado para los bandos militares; la muerte desastrosa, el 15 del mes referido, del capitán general de Castilla la Nueva don Vicente Genaro Quesada, aprisionado en Hortaleza, muerte que acompañaron circunstancias horribles; y la caída del ministerio, cuyos individuos, en su mayor parte, tuvieron que escapar clandestinamente, huyendo de las iras populares desencadenadas contra el partido moderado, y mal contenidas, si no alentadas por juntas, hijas del levantamiento del pueblo y de los guardias nacionales, sobreexcitados por la común desdicha. Fué uno de esos ministros caídos y tráfugas el generoso e inofensivo duque de Rivas, don Angel de Saavedra, por tantos títulos ilustre, del que había procedido un celebrado plan de estudios, honrado con su firma y la cooperación de Gil y Zarate.

En el ejército, el general don Luis Fernández de Córdoba, no pudo resistir al torrente de la opinión triunfante, que condenaba sus principios y conexiones políticas, y apesar de la nombradía, prestigio de victorias, precedentes y fructuosos planes para contener el carlismo, se vió en el caso de dimitir el mando.

En nuestra capital, a últimos de Julio y primeros días de Agosto, se había secundado el alzamiento de Málaga y de otras capitales andaluzas, *pronunciadas*, según el lenguaje de la época, contra la infortunada dominación anterior. Había surgido una Junta de Gobierno para fomentar el entusiasmo liberal, allegar recursos, armar y defender a los adictos a la libertad política, asociada al trono de Isabel, y tener a raya a los enemigos de su bandera.

Alardes imprudentes, esperanzas insensatas, malos tratamientos, cuando injustos; cuando provocados y mal sufridos, violencias, exacciones, desmanes promovían alternativamente terrores, anhelos de venganza, obcecación, deseos de dominio, y mantenían una tensión de intolerancia, causa para todos de inquietud y de malestar.

Signo de tirantez y espíritu del tiempo fué, y como complemento de la clausura de las casas monásticas, y extinción de

las órdenes religiosas, realizada un año antes por el progreso político, el que se expulsase a los ermitaños del desierto de Belén, y se les despojase de la finca de Pedrique, por más que no fuese congregación unida por votos indisolubles. A poco pudimos ver en Sevilla al hermano mayor, V. Remigio Olea, de familia distinguida, condenado a mudar el rústico saco del eremita penitente, por la negra y nada airosa levita, en el trafago social a que fué impelido desde su monte solitario. Nadie pudo preveer que a la vuelta de algunos años, tornarían personas desengañadas a la morada del retiro y la sobriedad; que pobres famélicos subiesen de nuevo la cuesta ágría para recoger el sustento cotidiano; que Reyes y Prelados visitasen la famosa cumbre, y que insignes poetas de corazón, contribuyesen a la celebridad del lugar, observando lo poco que falta desde el pié de la enhiesta cruz para llegar al cielo.

En este año memorable, que hasta se cerró con el fallecimiento del General don Francisco Espoz y Mina, célebre en otras épocas, menos afortunado en la última y rendido a la fatiga, a los desabrimientos y a los años, también otro guerrero cordobés de vida gloriosa y muerte infausta, don Diego León y Navarrete, figuró en primera línea en un hecho de armas que, siendo motivo de satisfacción para los liberales sus compatriotas, se trocó por combinación providencial, en causa indirecta de llanto y desolación para la ciudad que vió nacer a aquel Bayardo español, como entonces se le solía llamar. La acción de Villarrobledo, en 20 del mismo Septiembre, precedió a la catástrofe cordobesa, objeto principal de estos recuerdos. Jefe León de la caballería que hacía parte de la división que mandaba el General don Isidro Alaix, que venía en persecución de la expedición carlista, acaudillada por Gómez; por un movimiento hábil y rápido, en el choque que las fuerzas contrarias tuvieron en los campos y ciudad de aquel pueblo, logró con sólo ciento setenta jinetes húsares arrollar y cortar muchos batallones de infantería y escuadrones carlistas, haciéndoles mil y quinientos prisioneros con gran número de bajas y recogida de armas.

El General carlista expedicionario, don Miguel Gómez, nacido en Torredonjimeno, de la colindante provincia de Jaén, había podido recorrer impunemente muchas de España, casi sin tropiezo, merced a su habilidad y rapidez de movimientos y a la lentitud y escasa fortuna de las huestes perseguidoras. En la corte del pretendiente, y al calor de la organización progresiva de sus

legiones, había tomado cuerpo la opinión de que convenía sacar del recinto de las provincias montañosas del Norte el pendón de la que allí se proclamaba como su legitimidad, cual medio de propaganda; con el que en sus ilusiones se figuraban que la nación toda en cuyos ámbitos contaban no poco número de partidarios, se levantaría en armas por ella, adhiriéndoseles contra la augusta niña ocupante del trono, y en pró del príncipe aspirante a él, aquélla hija y hermano éste del último monarca. En la corte de Don Carlos se había discutido mucho la conveniencia de tal tentativa. Las malogradas de Guergué en Cataluña y Batanero en Castilla, no las habían acreditado. Allí, donde la suerte varia de las armas y la equiponderancia de sus mantenedores, devoraba reputaciones y producía la frecuente mudanza de generales y caudillos, como de la parte de acá no opinaban todos concordes en este punto. El Conde de Casa Eguía no era favorable a las peregrinaciones: pero su sucesor don Bruno Villarreal, en Junio de este año de 1836, mas de concierto con las intenciones de su señor y corte aventurera, dispuso la salida para Asturias y Galicia de la citada expedición, cuyo mando se confió al mariscal de campo el mencionado Gómez; en número que no llegaba a tres mil hombres. Venía de segundo jefe el Marqués de la Bóveda, y al frente de la caballería el Brigadier don Santiago Villalobos. En Utiel se les agregaron don Joaquín Quilez y don José Miralles, conocido por el Serrador, que comandaban en Aragón y Valencia las facciones carlistas; trayendo un contingente de fuerzas mayor que el de Gómez, y aumentándolo con voluntarios y conscriptos, en su tránsito, y con la adhesión del terrible guerrillero Cabrera.

Los expedicionarios, ocultando su dirección verdadera hacia la corte, sorteando los movimientos de las columnas perseguidoras, confiadas a don Isidro Alaix y don Evaristo San Miguel, se apartaron de Cuenca yendo para Albacete. La división del primero alcanzó a los carlistas, como ya se ha indicado, en los campos y cercanías de Villarrobledo, y este descalabro, con pérdida material y moral de los carlistas, desvió a Gómez de su primer propósito de acercarse a Madrid, y torciendo el rumbo a las provincias andaluzas, cayeron en Ubeda el 24 y en Baeza el 26 de Septiembre. Por tal manera el triunfo parcial del valeroso cordobés Diego León, hizo que descargase en esta tierra la avalancha de las huestes de don Carlos, y trajo consecuencias tan funestas a esta nuestra amada población.

II

La consternación y la inquietud se hicieron sentir en Córdoba, al saberse la entrada de las fuerzas carlistas en la provincia de Jaén, por el punto de Barranco hondo. La junta de armamento y defensa en que se había transformado la del último pronunciamiento, se apercibió desde luego a la resistencia. Pero los invasores no dejaban tiempo ni serenidad para aprestar los preparativos. Con rapidez imprevista avanzaban hacia este punto; y cada etapa o jornada en que se aproximaban, aumentaban la sorpresa y perturbación.

En el hecho de organizar la resistencia, hubiera sido lo más conveniente fortificar toda la ciudad, ya que de hacerlo solamente en una parte de ella, se tropezaba en el inconveniente gravísimo de salvar apenas las vidas de los defensores, dejando ocasión de hacer costosas represalias, y ofrecer copioso fruto a la rapacidad de los enemigos en lo restante de la población. Se incurrió, sin embargo, en tamaño desacierto.

Destinaron para fuerte el Palacio Episcopal, el Seminario de San Pelagio, la llamada casa del Triunfo, separada entonces y hoy incorporada en el mismo Seminario; el antiguo Alcázar o inquisición y cárcel pública. Incluyóse además el edificio de las Caballerizas, y en el ángulo que forma con el Alcázar, frente del ya derruido *Arco de la guía*, ingreso a la amplia calle entre estos edificios, se colocó una batería. Se hicieron fosos, empalizadas, troneras y caballos de frisa en distintos puntos, y en las tres principales puertas de la ciudad, y se cerraron o tapiaron las demás; aunque el flaco y viejo muro de circunvalación, de tierra en gran parte, sin estar como ahora abierto en muchas, pudiese ofrecer sino un ilusorio parapeto. Dirigió las obras con celo y premura, a falta de ingeniero, el arquitecto de la ciudad don Angel de Ayala, y se invirtió en su costo una buena parte de los caudales, exigidos al Cabildo eclesiástico en los días del pronunciamiento anterior. Aunque las obras presentasen notables defectos a los ojos del arte militar, la falta de tiempo y de recursos, pudieran excusarlos; más difícilmente justificarían los más accesibles a la consideración vulgar. Tales fueron el no parar mientes en la Catedral y su torre, edificaciones en verdad y respectivamente más fuertes y dominantes; y no prever las flaque-

zas de construcción de San Pelagio, el palacio y otras, bien pronto patentizadas por una experiencia amarguísima.

Predominaba, sin embargo, el propósito de la defensa, cuyo desacuerdo hallaría atenuación en las nobles sugerencias y estímulos del valor y deber. Se notaba, sin embargo, tibieza en las comunicaciones del capitán general de Andalucía, don Carlos Espinosa, que excitaba a la resistencia con la promesa de acudir en breve al socorro de los expugnados. Mas ni entonces, ni en los momentos de apuro que sobrevinieron, ni algo después, llegaron los ofrecidos auxilios. Cualesquiera que fuesen las circunstancias, y el juicio que, pasados tantos años, y con el desenlace ya conocido de aquellos sucesos se forme, no era lógico temer que los defensores de Córdoba subsistiesen desamparados, sino durante cortas horas, cuando diversas tropas perseguían, y se suponía que combinaban sus movimientos de ataque a las de Gómez y sus agregados.

A la de Espinosa juzgábase corresponder la apatía mal simulada del Comandante General de esta provincia don Teodoro Gálvez. La Junta de armamento hubo de destituirle y poner en su lugar a don Bernardino Martí, Teniente coronel y administrador de los bienes del Infante don Francisco de Paula Borbón. Los alientos, precedentes y hasta la corpulencia de este militar, ofrecían cierta garantías de sus esfuerzos; más no los puso a prueba de heroísmo y sacrificio, coartado por consideraciones prudentes. Señaló este jefe su breve y pasajero mando, disponiendo la presentación de los caballos existentes en la ciudad, e impidiendo su salida y juntamente la de las personas. Esta medida aumentó por de pronto la consternación, y después el botín de los carlistas. Muchos mozos solteros, por evitar el alistamiento forzoso, con que aquellos les amenazaban, y algunos dueños de caballos, habían podido evadirse de la población en la víspera del 28. Pero otros en la mañana siguiente se hallaron con la determinación violenta que les impedía todo escape. Al retroceder de las puertas murales, tropezaban en las calles con destacamentos de milicia que los denostaban y apedreaban, con lo cual muchos caballos fueron abandonados para presa de los invasores, y sus poseedores como otras personas, si con resolución y ardid ingeniosos no lograron salir, en su conflicto y atolondramiento fueron a refugiarse al recinto fortificado, donde en su cándida sencillez se suponían inexpugnables y seguros, conforme a la opinión que en aquellos momentos de angustia se hacía cundir y prevalecer.

La población fué declarada en estado de sitio, y se refundió en la militar el poder de las demás autoridades. Continuando los trabajos de fortificación, se colocaron en su batería dos cañones con que se contaba, y llegó a reunirse en Córdoba una fuerza como de dos mil hombres, en cuyo número figuraban los nacionales de la provincia, principalmente los de la capital, Iznajar y Montilla, con un contingente de escopeteros de seguridad pública y del resguardo.

Al saberse el día 29 la llegada de la facción carlista a Villa del Río, creció notablemente en esta capital el azoramiento y la agitación. Concurría al movimiento interior el conato más o menos feliz de los que querían marcharse, o contrariados vacilaban en su resolución, y la continúa mudanza de traslación de muebles, enseres y objetos que se querían ocultar y preservar de probables depredaciones en momentos de soltura demagógica y ardimiento de belicosas iras. Y en la expresión de las mismas gentes la procacidad amenazadora de unos, o el coraje de los que apaleaban o herían a los enemigos presuntos, presagiaban momentos terribles.

Ni lo que pasaba en el *Fuerte* podía trocar en calma los tristes augurios. Las personas encargadas en abastecerlo de municiones de boca y guerra, suponiéndoles la indispensable aptitud, hubieron de hallar obstáculos insuperables que deslucieron su empeño. Presto se echó de ver la falta de artículos tan necesarios como el aceite, que se intentó en algún caso sustituir con tocino. Se trató de fundir balas y faltaron medios mecánicos y pericia para la ejecución. Predominaba la soberbia sobre el consejo; no se concertaba con el orden cierta actividad febril, hija de un vértigo de desesperación, más que de la serenidad y entereza en tan apurado trance requeridas. Así se refería después por varios de los actores y víctimas de la trágica historia.

En aquella noche, que pudo compartir el epíteto de *Triste* con la de Hernán Cortés, ya encerrados en el llamado *Fuerte*, las fuerzas defensivas, y allí depositados para su custodia caudales públicos y documentos de interés, géneros de comerciantes y bienes de particulares, resaltando en el común sentimiento la falta de dirección atinada, se convocó una junta de autoridades y de varios individuos nombrados por la milicia. En ella se decidió, por una mayoría de treinta y nueve votos contra veintidós, la conveniencia de no defenderse. Pero tal fallo de la previsión tardía, burló esta vez el poder numérico, y la resolución numantina de los bravos, venció a los pusilánimes.

El traductor del inglés Dunham, y adicionador de su Historia de España, con referencia a los sucesos de estos días, dijo con visos de mal humor: «De los vocingleros que en aquellos lugares (Andalucía) dominaban, haciéndoles aparecer consumidos por el ardor de su pasión a la causa apellidada de la libertad, algunos se escondieron medrosos, y otros se arrojaron imprudentes a la pelea, pero siendo corto el número de estos últimos, pagaron con derrota su atrevimiento».

Entre los defensores de Córdoba no dejó de haberlos muy serenos y alentados: pero lo que no parecerá extraño, decaeció el denuedo, quizá con decepción propia, en muchos engreídos, y abatió menos a los que no pecaran de jactanciosos.

En la situación de aquella noche fatal, y temerosa víspera, el jefe militar don Bernardino Martí, dejó el mando, haciendo una salida para un reconocimiento fuera de los lugares fortificados, y no volvió, puesto ya en salvo, y trayendo con más viveza a su memoria la responsabilidad que sobre él pesaba, como custodio de los intereses del Infante. Para reemplazarle en la dirección de la defensa, fué nombrado el bizarro coronel don Francisco del Villar, que caballeroso y firme, desde el sosiego de su hogar, fué arrebatado por las circunstancias a la senda de las fatigas marciales y de un término desastroso.

III

Nebuloso y sombrío por demás, aparecía el horizonte de Córdoba, en lo político, al amanecer el funestísimo día 30 de Septiembre. En aquella mañana habían quedado establecidas las guardias de las puertas urbanas, y la fuerza de caballería se había disuelto, por inútil, a la sazón. La de los nacionales cordobeses, de la misma arma que comandaba don Diego de Raya y Bascuñana, a la que se encargó un movimiento de avanzada hacia Andalucía, pudo en parte retirarse después en dirección a Almodóvar, sin duda con la mira de reunirse a las fuerzas del ejército constitucional que se aguardaban de Sevilla.

Fué elemento importante en la organización de los preparativos de defensa, por su iniciativa, decisión y actividad genial, don Francisco Díaz de Morales, oficial superior de artillería, consagrado siempre, apesar de su estirpe nobiliaria e histórica, a las

causas y movimientos más populares y de significación democrática. A él se debe también, en la representación que elevó a la Reina gobernadora en 23 de Octubre de 1837, reproducida por el diario cordobés *La Crónica*, en igual mes de 1880, una minuciosa y concreta reseña de los sucesos que vamos anotando. En este curioso documento se abona con plausibles razones la desgraciada defensa, y se vindican contra sus detractores el sano designio y fortaleza de los que sufrieron sus efectos.

Dicho señor fué, muy de su grado, y por encargo de la Junta de Córdoba, explorador diligente en Despeñaperros, de la dirección que traían las fuerzas carlistas; y sus avisos, transmitidos a Sevilla, Cádiz y Málaga, debieron ser muy útiles para el gobierno de aquellas capitales, a las que la nuestra los enviaba para sus disposiciones preventivas, luego de repuestas de su primera sorpresa.

Una avanzada de las fuerzas de Córdoba, que el 23 llegó hasta Andújar, bajo el mando de don José Povedano, tuvo alguna colisión con los facciosos; y de sus resultas, un individuo del resguardo muerto. Pudo aquélla, en su regreso, dar noticia aproximada de las fuerzas enemigas, que se computaban en unos ocho mil hombres. En la mañana de este día, reunida en la Plaza Mayor la milicia nacional de Córdoba, fué a reunirse en el Fuerte con las venidas y procedentes de los pueblos de la provincia, las movilizadas de la caballería y la brigada de artilleros. La milicia de Córdoba ocupó el Colegio de San Pelagio, más reducido en su extensión entonces, y la huerta del Alcázar. La de caballería salió de la población, según antes se indicara. Quedaron de esta arma dentro de ella, algunas partidas de francos y del resguardo, que mandaban el referido Povedano y don Tadeo Calvo. Una de escopeteros, bajo las órdenes de don Francisco Muñoz, ocupó el palacio Episcopal. Piquetes de los varios cuerpos se distribuyeron extramuros y hacia las puertas de la ciudad. De las milicias de los pueblos se formaron dos batallones, sujetos al mando de los Comandantes de Iznájar y de Montilla. El de la capital lo estaba al de su propio jefe don Miguel Cabezas.

Al fuerte habían ido, tal vez más que a combatir, a buscar refugio, y con más o menos espontaneidad, muchos empleados civiles, no pocos particulares, nada avezados y ajenos al uso de las armas, concejales, algunos eclesiásticos, y por orden superior todos los militares retirados. A uno de éstos, el Tenien-

te Coronel y Capitán de granaderos de Córdoba, don José Domínguez, se le nombró Gobernador del fuerte—, de la torre de la Calahorra, en el puente, a don Antonio Ferri, también oficial retirado, y al señor Díaz de Morales se le hizo jefe de Estado Mayor. A el mismo ferviente patriota, se le encomendó en el recinto de las murallas, la línea comprendida desde la puerta de Martos a la de Plasencia, con veinte hombres de cada una de las cuatro compañías de fusileros nacionales de Córdoba, voluntarios de Andalucía y destacamentos de las milicias de Priego y Rute. El distrito del Norte, cuyas bases eran la Puerta del Rincón y adjuntos torreones, se confió a los señores Povedano y Calvo con sus partidas y nacionales agregados del Carpio, y alguno otro pueblo. Debían asimismo atender al espacio que medía desde la Puerta del Santo Cristo a la de Aldomóvar. El distrito o línea restante, quedó bajo la protección de los reclusos, en la parte fortificada.

Hacia las nueve de la mañana, reconocida la fuerza invasora que se acercaba, supose que se componía de doce batallones, ocho escuadrones, dos piezas de artillería ligera y muchedumbre menos organizada de los bandos de Forcadell, Orejita, Palillos y turba de aventureros agregados a la expedición carlista, a su tránsito por las poblaciones recorridas.

A las dos de la tarde se acercó la hueste carlista a los muros de Córdoba, en cuyas puertas principales, la Nueva, la del Rincón y la del Puente, especialmente la primera, se hallaban en expectación de la acometida las guardias de nacionales. Se dividió aquella agresora muchedumbre, distribuyéndose en torno del recinto para intentar su ingreso por varias partes. El lograrlo no costó grande lucha a la facción, ayudada del populacho que la aguardaba y que cooperó eficazmente a violentar las puertas, al cebo y atractivo del desorden y el saqueo. Muchas gentes, en aquel día, se habían retraído de concurrir a sus faenas ordinarias del campo y los talleres. Contra la chusma rapaz, que pesca y goza, a río revuelto, en ocasiones tales, no se había adoptado medida alguna de previsión; ni siquiera una patrulla se destinó a enfrenar estos desafueros. La horda carlista forzó así las puertas del Santo Cristo de la Misericordia y las de Colodro y Plasencia. El grupo, en ésta situado, de nacionales de Priego y Rute, luchando con los de la facción en las calles, y señaladamente en el barrio de San Andrés, pudo hábilmente replegarse y llegar al fuerte, auxiliado de algunos voluntarios de Andalucía.

El General enemigo Cabrera entró por la puerta de la Misericordia, y por las de la izquierda muchas fuerzas de su séquito. Los nacionales, al ver las calles ocupadas por los carlistas, con repetidos combates en ellas, tuvieron que abrirse camino hasta las fortificaciones, alejadas como se sabe, al extremo de la ciudad. En esta retirada distinguióse por su valor y sereno espíritu el Capitán de nacionales de Córdoba don Antonio de Torres, que desde la Puerta Nueva pudo atravesar y arrostrando un continuo tiroteo, la vía urbana hasta el Fuerte, salvando el paso, muy disputado en aquellos momentos, de la calle de la Feria, y con daño de las fuerzas hostiles, si bien quedó prisionera la de voluntarios de Andalucía. Las acaudilladas por el Serrador penetraron por la Puerta de Sevilla, con la ayuda de moradores del barrio del Alcázar Viejo. El desmandado y turbulento paisanaje, en varios puntos, cooperaba con hachas y otros instrumentos a la demolición de puertas y muros, distinguiéndose en la faena destructora algunos albañiles, poco antes ocupados en los trabajos de fortificación. También los mismos paisanos asesaban a la soldadesca sobre el modo de cortar la retirada a las guardias exteriores.

La entrada de los Jefes de las tropas del pretendiente contóse de varios modos y con diversas circunstancias. Al acercarse a nuestros muros, decíase que, previa una corta discusión, trataron de sortear quién había de entrar primero; pero que Cabrera y Villalobos, juzgándolo como ofensa a su acreditada bizarría, se habían anticipado como una hora al grueso de la fuerza, viniendo con sus ayudantes y alguna caballería. El historiador de Cabrera, don Buenaventura Córdoba, cuyas narraciones lograron la conformidad y sanción del biografiado, dice que «opinaba Villalobos por retroceder y esperar la infantería, cuando ya el ayudante don José Domingo y Arnau se había procurado hachas y fué el primero que empezó a romper la puerta. Ni Villalobos ni Cabrera vieron en los balcones y ventanas mas que mujeres que gritaban: *Viva la Religión, viva Carlos V*».

Refirióse también, por entonces, que el mismo Cabrera estuvo a pique y riesgo de que le cogiera una canal de tejado que a sus pies cayó desprendida a consecuencia de un balazo, lo que lo irritó, creyéndolo de otro origen, y le hizo clamar: «*degüello*», con furioso arrebató. También al penetrar en una calleja sin salida, sólo acompañado de dos edecanes, encontró un grupo de los liberales armados, a quienes sorprendió con su sangre fría

y altivez, escapando así de un trance que pudo serle funestísimo e influyente en el éxito de la lucha empeñada.

Al paso que los carlistas penetraban en la población, se echaban a vuelo las campanas de todas las torres, siendo la primera en los repiques la del convento de Trinitarios descalzos o Padres de Gracia. A poco se repetía el jubiloso estrépito en todos los campanarios; y con los vivas y clamores de los paisanos, las carreras y gritería de chicos y mujeres desalmadas, si para unos era aquel ruido expresión de popular alegría, sonaba para otros, ocultos y temerosos, como la voz ronca de la trompa del juicio final.

IV

Marchando en dirección al fuerte el brigadier carlista Villalobos, tal vez persiguiendo a los nacionales que a él volvían; en la Carrera del Puente, y en el sitio conocido por el *Caño Quebrado*, frente a una esquina de la Catedral, se encontró con una bala, disparada en una descarga, que le robó la vida. Perdiéronla a la vez dos paisanos y un granadero que le acompañaban, y que cayeron a los pies de Cabrera, según su citado historiador. Se creyó por el momento, aunque se desmintió posteriormente, que el proyectil homicida había procedido de unos nacionales de Andújar, y de una posada llamada de la Herradura, y a la cual los invasores prendieron fuego. Más predominó en los defensores la creencia de que había partido del fuerte, y hasta se indicaba el nombre de un oficial de la milicia nacional de Córdoba, con fama de tirador diestro y cazador ejercitado. Difícil será aclarar este punto. Pero la muerte del jefe distinguido de la caballería carlista, produjo en aquel momento una impresión pavorosa en sus secuaces. Algunos jefes les hacían retroceder por fuerza y a palos. Pero en Cabrera, compatriota, compañero y mozo valiente como Villalobos, exaltó el suceso a la par de la pesadumbre, la ira, y contribuyó a que los sitiados fuesen atacados con mayor celeridad y empuje.

En el incendio de la posada murieron abrasados dos voluntarios de Andalucía, escapados en la retirada, en que otros quedaron prisioneros. En la suya, corrió gran peligro el jefe político don Esteban Pastor, a quien un señor Rosales, su acompa-

ñante, le libró con un disparo certero, del sablazo con que le amenazaba un faccioso. Pastor, como otros jefes civiles de aquella época, había venido a Córdoba con muchos proyectos de reformas y mejoras, y lleno de ilusiones de amor patrio.

Emprendido el fuego y el ataque con vigor y tenacidad, los sitiadores rodearon al fuerte en su desmedida extensión, acometiendo por diversos puntos. A cubierto de los edificios contiguos se acercaron por el Palacio Episcopal y por el lado del Campo de los Mártires. Dominados, como se encontraban, no podían juzgar las piezas de artillería en el ángulo del Alcázar. Hubo que abandonar la torre de la Calahorra, a consecuencia de ser herido el señor Ferri. Y el haber tomado posesión algunos tiradores carlistas de la torre de la Catedral, motivó el que desde estos puntos elevados se hiciesen de continuo disparos a los defensores del fuerte, con tino y precisión mortífera, y aún con menos resultado, desde los antepechos del puente.

Al anochecer del día 30, determinaron los jefes carlistas enviar al fuerte, como en efecto lo realizaron, unas señoras de distinguida familia residente en la población, con el encargo de ofrecer a los sitiados la paz y seguridad personal, si deponían las armas. Esta intimación, parece se había hecho antes por medio de un oficial influyente, que se la reservó, sin dar cuenta. La señora a quien tocó esta comisión, fué la muy respetada doña Antonia Paroldo y Cantarero, esposa de don Diego Jover, acaudalado comerciante, y no sin razón tenido por adicto al trono de la Reina niña. Dicha señora, de dulce y apacible carácter, y de una delicadeza en lo moral y físico reconocida, no pudo eludir el ir al fuerte, aún oyendo silbar las balas sobre su cabeza. Puede suponerse la zozobra con que daría este paseo, si bien es justo decir, que el oficial carlista que la acompañaba, deudo de Cabrera, según se afirmaba, la trató con el mayor miramiento y respetuosa cortesía.

Reunidas las autoridades y jefes, unánimemente fué desechada la propuesta, resolviéndose continuar la defensa. Si alguno o algunos desearon la rendición, es lo cierto que no se atrevieron a expresarlo ante el temor belicoso y la ira amenazante que hubiera descargado sobre los prudentes y cobardes. A más del tesón que la honra sustentaba, inclinaba a la firmeza la previsión, bien fundada, de inícuos tratos y venganzas por parte del triunfante enemigo.

Fué el jefe político el redactor de la contestación intransi-

gente, a la que se añadía con lusitana arrogancia, que si ellos, los carlistas, evacuaban la ciudad, no serían hostilizados.

Continuó, pues, el fuego por cuatro o cinco horas, más nutrido y tenaz; y tocando las cornetas a parlamento, se repitieron las propuestas anteriores, que asimismo fueron desoídas y rechazadas. No cesó en toda la noche el tiroteo aterrador. El vecindario que quedaba fuera de la escena del combate, y en el que faltaban muchos hombres, o por fugitivos o por encerrados en aquélla, agonizaba de temor y ansiedad al sentir el popular desenfreno, al escuchar las imprecaciones, los mueras, los ofensivos cantares e insultos a la Reina inocente y a su madre Cristina, a la que se apodaba con impúdica rabia. Las familias, arrinconadas y escondidas, lloraban la ignorada suerte de esposos y de hijos, y todo era fatiga, incertidumbre y postración.

Y entre tanto sosteníanse los sitiados con más perseverancia y denuedo que el que hubiera podido esperarse de gente poco aguerrida en general, y a la que no podía inflamar la lucha en instante de apariencia adversa. Respondíase el tiroteo por varios puntos, pero se perdía terreno; y la mañana del primero de Octubre amaneció con signos del fatal vencimiento. Entonces y no antes, y después de no aceptarse la ofrecida capitulación, no volvió Martí al fuerte, y el sucesor Villar, conforme con las fuerzas que mandaba, se mantuvo en la resistencia.

Para mayor conflicto se habían agurado las municiones casi en su totalidad. El enemigo invasor había cortado las cañerías, y el tormento de la sed amenazaba a los sitiados. Horadando una pared del hospital de San Sebastián, contíguo al Palacio, o arrancando una ventana del mismo, pudo penetrar en él y asomarse a los balcones fronteros al Seminario. Las puertas del postigo y la principal del mencionado Palacio fueron rotas y maltratadas, y Muñoz, el encargado en la custodia y defensa de aquel punto, se vió forzado a retirarse después de obstinada pelea, y acosado por fuerzas muy superiores. Acrecía el conjunto de contrariedades; el incendio, que con camisas embreadas habían prendido a la casa del Triunfo, cuya propagación acobardaba; el cuidado de los heridos que reclamaban curación urgente, y el agolpamiento a tal teatro de desolación de las numerosas legiones carlistas, reforzadas con las gentes del pueblo, furiosamente aliadas en aquellos días a la causa del pretendiente.

Tal situación obligó al señor Villar, después de treinta horas

de pugna defensiva, y aún reprimiendo el coraje de algunos sometidos a su mando, a prestarse a la suspensión de hostilidades y a pactar las condiciones de la rendición.

El general carlista Fulgosio, en representación del jefe expedicionario Gómez, las propuso con cierta amplitud y moderación seductora, ofreciendo para los nacionales la libertad, un buen tratamiento y pasaportes a los que lo quisieran, preservándoles de toda molestia e insulto. Los vencidos reclamaron que se consiguiese por escrito la capitulación, pero el otorgante no accedió a ello, interponiendo como suficiente y sobrado el valor de su palabra. Los sucesos posteriores acreditaron lo vago y aéreo de esta garantía, la falsedad de lo convenido, y como se desmintieron tristemente la benignidad y consideración prometidas a los defensores de Córdoba.

El día primero de Octubre, poco después de las tres de la tarde, se procedió a la evacuación del fuerte, aplazada aún la consumación de estas desdichas.

V

Llegado el momento tristemente solemne de la entrega, la hueste armada y la plebe furiosa hicieron irrupción violenta en el recinto, además de por los sitios que habían ganado en el ataque, por el *Arco de la guía*, recordando el ímpetu torrencial los versos de Virgilio:

Cual cerrado escuadrón, por donde espacio
abierto se les da, rompen con furia... (1)

Los sometidos nacionales que se habían visto estrechados a ocupar el más interior de los edificios del fuerte, pasaron a la explanada del llamado Campo Santo, a hacer entrega de las armas. Oímos alguna vez a un amigo nuestro, don Pedro Molina, recordar, que por hallarse a la cabeza de la compañía de nacionales granaderos de Córdoba, fué el primero que tuvo que sufrir la humillación dolorosa.

El acto se llevó a ejecución ante el concurso armado y ensoberbecido en su triunfo, y a presencia de casi todos los generales carlistas. Cuidaron desde luego de que no rompiesen su

(1) Versión por V. de la Vega... *del Velut agmine facto, qua data porta, ruunt.*

cautiverio los rendidos que consideraban como prisioneros, sin razón ni distinción de circunstancias. Una escolta numerosa los condujo inermes, y muchos, descalzados o parcialmente desnudos, por la chusma auxiliar de la facción, encaminándolos por la ronda de la ciudad al convento de San Cayetano, en cuyo templo se les encerró con guardias. Se hizo así, a pretexto de evitar insultos, y aun se prohibió por el general toda injuria, bajo pena de muerte, única a que toda tiranía suele recurrir en casos extremos. En esta marcha, al depósito de los prisioneros, intentando evadirse un infeliz nacional forastero, fué denunciado por unas mujeres que lo advirtieron, y asesinado allí mismo. Más afortunado algún otro, cual fué nuestro amigo don G. de E., en el bullicio y confusión de los momentos de la entrega, pudo salvarse de la infausta suerte, vestido de sacerdote y afectando un reposo que favorecía la gravedad de su semblante.

Los facciosos y sus amigos los paisanos, se entregaron desde luego en el fuerte al despojo de cosas y personas. A estos les tomaban camisas y zapatos, de que los expedicionarios tenían gran necesidad, y la plebe, a la vez, en la interpretación y ejercicio de la soberanía, se apoderaba de ropas, dinero y muebles transportables, destruyendo lo que no podían llevarse, como mesas, camas y otras cosas. Pero la masa invasora, sin invocar derechos de guerra, y por vandálico instinto, se posesionó de bienes cuantiosos, de depósitos de casas de comercio, de enseres de uso doméstico, de dinero y alhajas, hasta del Municipio; de fondos de amortización, papeles, documentos y expedientes importantes de las oficinas públicas, perdiendo y desgajando con ceguedad y furor salvaje, lo que era de tanto interés conservar para la fortuna pública y privada, y para el curso de la vida social. Ineficaz era en tales momentos toda invocación de orden, toda reclamación de disciplina respectiva, a los que, aun queriéndola, no podrían imponerla a la amotinada y ávida muchedumbre.

Entre las circunstancias e incidentes memorables de aquellas jornadas luctuosas, por lo que se enlaza con la cultura literaria y el estudio científico, hay que lamentar que el grupo de combatientes que penetró en el palacio Episcopal, y se hizo dueño de los balcones, que en particular pabellón hacen frente al Seminario, se apoderó del salón de la Biblioteca, y algunos, por mera propensión de la ignorancia y espíritu destructor, abrieron puertas de la estantería y comenzaron a arrojar libros. El daño

fué prontamente contenido. El celo de eclesiásticos y particulares, pudo reponer posteriormente algunas pérdidas; pero rumores malignos quisieron atribuir más tarde a tal incidente, el extravío de algunos volúmenes curiosos. Y deste entonces, esa biblioteca, mirada con amor y enriquecida por los ilustrísimos señores Obispos de Ayestaran y Trevilla y sus antecesores, quedó cerrada al disfrute y aprovechamiento público, con perjuicio de su propia conservación y aumento, antes y después de la incautación revolucionaria, por iniciativa de Zorrilla, que la cohonestó con el designio de utilizar tales tesoros.

El populacho que se mezcló en Córdoba y simpatizó con la hueste carlista, superó a ésta en sus excesos y pillaje, hasta ser escándalo de la misma. Los auotadores de aquellos acontecimientos, nada propicios a la Reina, no encubren tantos desmanes. Gómez y Cabrera trataron de contenerlos.

Tres voluntarios y cinco paisanos, cogidos infraganti, fueron pasados por las armas al frente de la división. Pandillas de paisanos, en los primeros días y noches después de aquel trágico desenlace, acometían las casas, especialmente de los llamados negros y judíos; pero incurriendo en el error de tomar también por tales o liberales isabelinos, las de algunos amigos carlistas: y saqueaban, rompían muebles, vidrieras y destrozaban lo que no podían arrebatarse: de tal suerte se holgaban en el goce de esta anarquía y de la libertad, en otros detestada. Si encontraban cerradas las puertas, por natural cautela las aporraceaban o violentaban, o entraban por los balcones. En alguna, donde esto sucedió, y que abandonada por la familia era guardada sólo por un dependiente, tuvo éste que salvarse saltando a un edificio contiguo, y hallando la turba desmantelada la casa, volcaron un bufete buscando dinero en secretos y gabetas: con la mala suerte de que pasaba a la sazón por la calle el caudillo Cabrera con su boína y capa roja, y reclamado su auxilio por vecinos honrados, echó a sablazos a la turba que así se entregaba a la rapiña.

Objeto fué de las iras populares la alameda y paseo que en el campo de la Merced se había plantado con meritorio celo por el Ayuntamiento que presidiera el Conde de Torres-Cabrera don Federico Martel y Bernuy. Se arrancaron en gran número los árboles, castigando el celo plausible y no tan común como fuera de apetecer, que procura con plantíos la salud y amenidad de las poblaciones.

Muchos y cuantiosos fueron los destrozos y robos hechos en la ciudad. Rscordamos, entre otros, los que sufrieron en sus hogares los marqueses de Guadalcazar y Atalayuelas, don Pedro Gorrindo, don Juan Golmayo, don Felipe Gento, los señores Melendo y Gálvez, y no pocos más, en cuyo favor se instruyeron en adelante expedientes de indemnización, difíciles de resolver y de escaso y nulo éxito por lo árduo de las pruebas y la enormidad de los perjuicios sufridos.

Al cabo de sesenta años, en que la cultura del pueblo bajo ciertos aspectos, parece haber logrado algunos adelantos contra la ignorancia y fiereza de costumbres, nos es difícil comprender la especie de ciego fanatismo que adhería a muchas clases ínfimas y pobres a la bandera del pretendiente. Verdad es que en tiempos normales laten en el fondo de las sociedades las horrras que enturbian el agua en las tormentas; y que entonces, aprovechan los elementos perturbadores para los trastornos, hasta los mismos idealistas que les provocan sin conciencia ni egoismos. Pero en los días de nuestra referencia, las circunstancias explican el hecho hasta cierto punto. No lejos la época del absolutismo Fernandino, en cuyo ambiente había respirado aquella generación, dócil a la influencia de sus fuerzas morales, en el debate de los principios, que se sostenía a la vez que el litigio dinástico cuando el triunfo estaba oscuro e indeciso para los contendientes; ni las novedades políticas, ni la templanza de muchos de sus adictos atraían a estas clases. El periodismo, en su infancia, no difundía la luz de la información que hoy alcanza a todas partes casi simultáneamente. Así pudo imbuírse aquella hez popular en la creencia de que su suerte y ventura estaba identificada con la causa del pretendiente; que el triunfo alcanzado en Córdoba era seguro y perpetuo, y que esta región sería el asiento de sus legiones y poder militar. Con tal fascinación se entregó sin dique a sus impulsos de venganza y latrocinio.

Con este motivo escribía un varón esclarecido:—«Mucho se ha hablado del furor de este pueblo a la entrada de Gómez; de sus saqueos, de sus insultos y de sus desórdenes lastimosos, pero naturales, Así sucedió y así debía suceder. Se prometían de los facciosos protección para robar, y para vengarse, y por eso se pusieron en su favor y los auxiliaron. La gran desigualdad de fortunas, la triste suerte del jornalero, que a su vez hace triste la del colono; y los insultos y palos que le habían prodigado en los días anteriores por los que dominaban a los indefensos

caídos; todas estas causas debían forzosamente producir estos otros efectos. Al hombre le avisa incesantemente su sentido íntimo que debe existir y la naturaleza le ofrece medios de subsistencia en abundancia y los convida a que los haga suyos con su trabajo. Cuando el gobierno, las leyes o la fuerza estancan aquellos en pocas manos, de las que sólo recibe como de gracia socorros escasos y precarios, siente la opresión en que vive la violencia que se le hace, y mirando como usurpados los bienes que le pertenecen, espía el momento de vindicar su derecho, arrancándolos de los que a su juicio los disfrutaban injustamente. Y esto les sucede a los cordobeses.

Así se expresaba en la intimidad de una correspondencia epistolar, a fin de 1836, no un socialista de exóticas teorías importadas en España por utopistas ilusos, sino un varón de sólida doctrina, y ejercitado, como pocos de sus contemporáneos, en la práctico de la caridad cristiana.

FRANCISCO DE BORJA PAVÓN.

